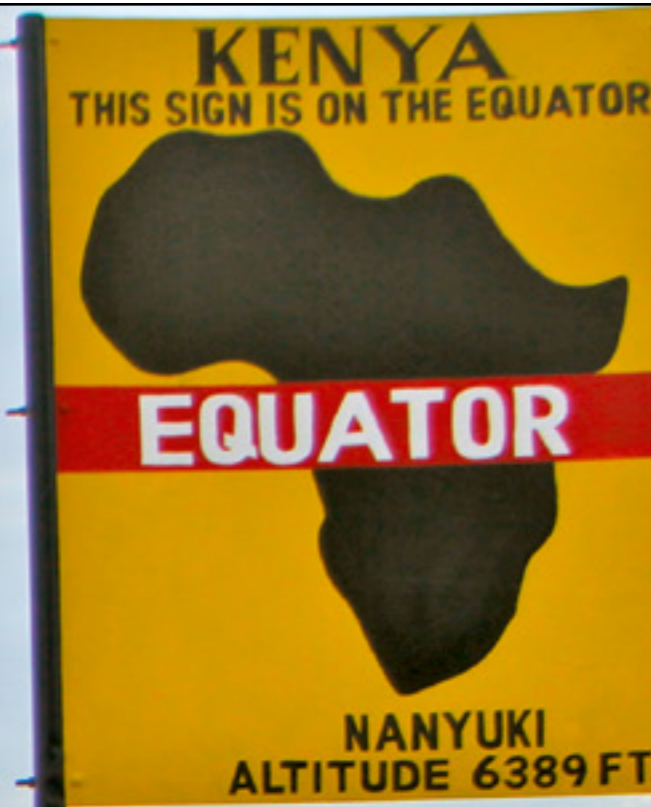


RUTA DE LOS EXPLORADORES OLVIDADOS: KENIA

De Addis Abeba a Nairobi

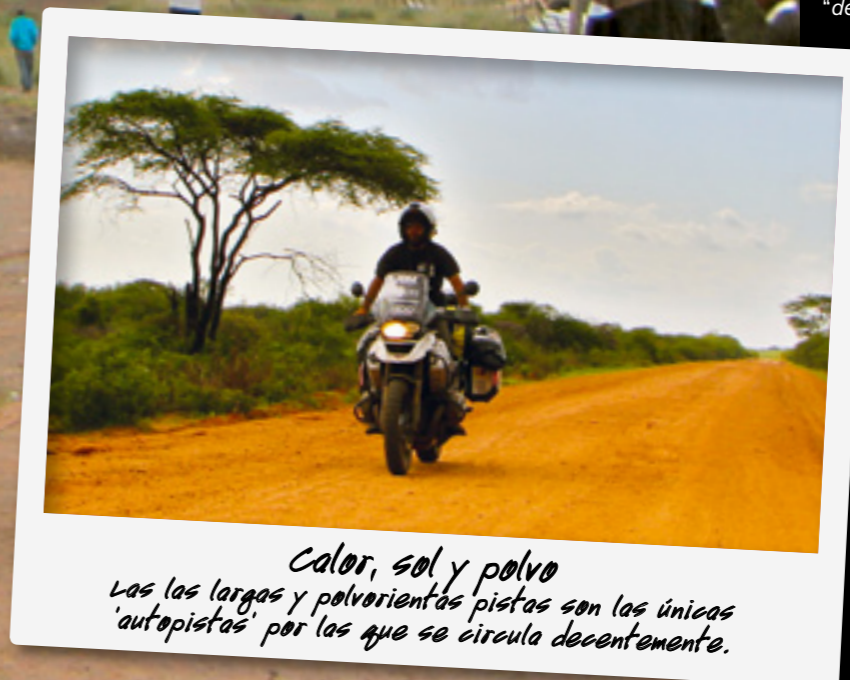


Tras alcanzar las fuentes del Nilo Azul cerca del lago Tana, me dirijo a Addis Abeba. La carretera principal está en mal estado. Profundos baches, tramos sin asfaltar, infinidad de peatones, burros, vacas y camiones. No se admiten quejas. Esto es África.

■ MIQUEL SILVESTRE

El cuadrulado paisaje de campos de labor es soberbio. El horizonte parece un collage con todos los tonos del verde. Cien kilómetros después de Debra Markos, con su imponente puerta italiana, comienza la ascensión. El replantado bosque de eucaliptos se alterna con el original de coníferas. La senda se empina y retuerce. Me recuerda al mítico Stelvio o algún otro paso alpino entre Austria, Suiza e Italia. Addis Abeba, cuarta urbe de África, una de las ciudades más sucias, contaminadas y caóticas. Una gran avenida presidida por una alta escultura con estrella roja, signo del pasado socialista impuesto por Megistu y los Derg, lleva al pub Wims Holland House. Un etíope aplaude mi viaje. "¡Qué gran aventura cruzar el mundo en moto!", extraña su entusiasmo. Los africanos no entienden que los blancos busquemos voluntariamente el riesgo en una vida ya de por sí corta y peligrosa. "No, man", piensan con mucha razón, "déjame las llaves de tu casa con aire acondicionado y vete tú a dormir libre bajo las estrellas".

En el sur el paisaje cambia. La selva, espesa, y el horizonte, escarpado. La gente también es diferente. Son Oromo. Rasgos africanos marcados, piel oscura, labios gruesos, nariz chata. Algunos no son amables. Circular por Etiopía es un tobogán social. Tus sentidos están despiertos, tus ojos vigilantes y tus poros se abren a la vida en su totalidad. Nada se te escapa. Al mismo tiempo, los estímulos son constantes. Un bombardeo de miradas, palabras, gritos y movimientos. Uno pasa en moto por un poblado y todo el mundo te dice algo o te hace un gesto. En la misma calle diez tipos te sonreirán y enseñarán el pulgar hacia arriba y otros diez te insultarán, harán amago



Calor, sol y polvo
Las las largas y polvorientas pistas son las únicas 'autopistas' por las que se circula decentemente.

FOTOS: MIQUEL SILVESTRE / ALICIA SORNOSA



Foto de postal ante la puerta italiana de la ciudad de Debra Markos.



Alicia llegó a estar exhausta en algunos momentos. Toda una valiente.



La belleza de África a veces es muy simple.



El Seven Hills Hotel es lo mejor del lugar: no tiene agua, ni electricidad, ni lavabo, ni... ¡pero nos gusta!

Éste es el Memorial a Lord Baden Powell, fundador del movimiento escultista. Hoy su tumba es un lugar de peregrinación para los scouts del mundo.

del África que no sale en las postales le estaba sentando bien. Ayer sufría pero se divertía. Hoy no hay nada de eso. Hoy sólo hay desesperación por la imposibilidad de adaptarse al medio. Lloro, sufro, gimo, pero lucha. Habría que ver a algunos machotes en este infierno. Muchos no darían tanto de sí. Es una gran mujer de pequeño tamaño y valor inmenso.

¡Oh, no!

Apenas un kilómetro y medio después de abandonar el poblado de Bubisa acontece el desastre que tanto temíamos. Alicia va delante, supera un pequeño talud, encuentra un manchón de arena, la rueda trasera patina, el protector del cárter golpea con una roca y se cae. Me acerco y la ayudo a levantarse. Entonces nos damos cuenta de que está chorreando aceite.



Más piedras, muchas más piedras...

Al cruzar un pueblo es fácil encontrarte con quien te saluda y, al mismo tiempo, con quien te insulta y te lanza piedras...

de tirarte una piedra o golpearte con un palo. Es un tiovivo de sensaciones. Una montaña rusa de afectos y desafectos en apenas cien metros. Moyale, ciudad entre Etiopía y Kenia. Más que un lugar, es un mito. El símbolo de la dureza del viaje transafricano. Quizá de los pocos que queden ya. Y además tiene los días contados. Cuando los chinos terminen la carretera, habrá muerto. Moyale es famosa entre los overlanders que van hacia Ciudad del Cabo porque aquí se acaba el asfalto y comienza una pista terrible. Recuerdo los consejos de amigos: "Entrega las maletas a algún camionero y viaja sin equipaje". Pero yo soy duro de mollera. Para mí un viajero en moto siempre ha de cargar con su impedimenta. Si no puede con ella, no es autosuficiente y entonces es mejor cargar la moto entera. A veces esta cabezonería me causa

serios problemas, como cuando me interné en la Costa de los Esqueletos de Namibia solo y sin agua. Aquello fue una de las veces que más cerca he estado de morir por mi imprudencia. Pero esta vez es diferente. No puedo ser un insensato. Viajo con Alicia. Ella confía en mí para lograr su sueño de ser la primera española en dar la vuelta al mundo en su propia moto. ¿No será demasiado para ella este infernal tramo que atemoriza a los más bragados motoristas? ¿Y si se rompen ella o su moto? ¿No seré yo acaso responsable de lo que suceda si la empujo a la insensatez de viajar por aquí con tanto peso y sin apenas experiencia en off-road?

El salvaje oeste

Al cruzar la frontera, la pista comienza inmediatamente con un acusado



Kenia y Etiopía han sido etapas realmente duras y agotadoras.

descenso. La senda baja rota debido a las pasadas lluvias. Esta remota región ha sufrido una sequía de tres años hasta que en 2011 se abrieron los grifos del cielo. Las inundaciones han arrasado campos, casas, puentes y caminos. La senda a veces da la impresión de ser un río de lava semisólida. Yo bajo alegre, feliz de recorrer este territorio salvaje. Voy confiado. Calzo los Continental TKC 80, los mejores neumáticos mixtos, y voy armado de un juego a medida de amortiguadores TFX. Mi pesada BMW no hace tope ni una sola vez. Sin embargo, Alicia, aunque gasta las mismas cubiertas que le garantizan un buen agarre, lleva suspensión de serie. Si bien la F 650 GS es una buena trail doméstica, para Moyale hace falta una verdadera todoterreno. El sol se está escondiendo cuando acometemos el descenso de unas colinas. El escenario es prodigioso. La lluvia ha hecho verdear el desierto y con



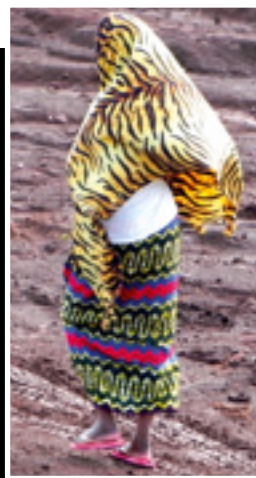
Ocre horizonte sin fin, ¿verdad, Alicia?

el ocaso la rala vegetación centellea. Estoy inmerso en el corazón de África y eso me hace sentir vivo, alerta, feliz. Lo que piso es una tierra dura y salvaje. Aquí no llegan los safaris. No hay vistosos masai ni festivales de coros y danzas. Tras superar el último desnivel divisamos al fondo varios chamizos. Es Turbi. En la entrada hay un control policial. Los agentes nos detienen y nos preguntan adónde nos dirigimos. La zona norte del país no es del todo segura, estamos muy cerca de la frontera con Somalia, y Kenia hoy está en guerra con la guerrilla de Al Shabab, que hace pocas semanas disparó por aquí a una pareja de turistas occidentales. Turbi es lo que podría describir como un pueblo del oeste americano de las películas. Polvo, calle sin asfaltar, frágiles edificaciones de madera y una sola planta. Seven Hills Hotel está construido con adobe pintado de azul.

Dos camas de madera. Piso de cemento. Una ventana sin cristales protegida de los animales por una malla de alambre y unos postigos hechos con tablones. La puerta cierra con un candado. No hay bombillas, ni agua, ni electricidad. Para que Alicia pueda asearse le traen un cubo de agua y una palangana y si yo quiero ir al baño, he de usar una letrina consistente en un agujero excavado en la tierra. No obstante tamaña simplicidad, el lugar nos gusta. Es real, inhóspito, remoto y genuino. Al día siguiente la pista se revela terrible. Es muy exigente incluso para mí, pero para Alicia es un suplicio. La miro circular con dificultad y me admira su determinación. Lloro dentro del casco debido a la impotencia. Está harta, cansada, deprimida, pero sigue avanzando. Es una valiente. Ayer estaba eufórica, feliz, durmiendo en un catre y comiendo gallina vieja. La inmersión en la naturaleza total



Circular sobre barro con una moto cargada hasta los topes tiene sus consecuencias...



En África, las mujeres siempre visten con ropajes de colores chillones, al menos las que pueden hacerlo.

INFORMACIÓN ÚTIL

Requisitos entrada en Kenia

- Personal: Pasaporte con seis meses de validez y visado obtenido en frontera: 50 dólares.
- Vehículo: Carnet de passage expedido por el RACE.

Dónde dormir

- Nanyuki, donde se encuentra la línea del Ecuador: Sportsmans Arms Hotel. C76 Nanyuki, Kenia (0) 62 323 47.
- Nairobi: Jungle-Junction Amboseli Road in 'Lavington Park. c_handschuh_68@yahoo.com.



Meterte dentro de una rodera hecha por los camiones es como entrar en un túnel...

Las pistas de barro son una trampa hasta para los grandes camiones de transporte.

Descubierta se desangra. Ha roto la tapa del cárter y pronto el motor quedará sin lubricante. Alicia se derrumba sollozando. La entiendo perfectamente. Con lo que le ha costado llegar hasta aquí superando escollos mucho más complicados y ahora su esfuerzo se trunca por una pequeña roca que apenas sobresale unos centímetros del suelo. Me arrodillo junto a ella y le digo que no se preocupe, que no es grave, que no pasa nada, que se arreglará fácil. Es urgente buscar ayuda. Hago señas al primer Land Cruiser que pasa. Es un joven chino que habla un correctísimo inglés. Dice llamarse Mr. Yellow. He vuelto a caer de pie. El señor Amarillo viajará esta noche a la ciudad de Marsabit en un camión. Nos llevará con las motos y allí podremos arreglar la avería o contratar un transporte. En Merile comienza el asfalto. Bendito asfalto que tengo ganas de besar. Cruzamos la línea del ecuador en Nanyuki. Lástima que espesas nubes impidan la visión del majestuoso monte Kenya, único lugar en el mundo con nieve perpetua en la linde ecuatorial. Poco después encontramos el Parque Nacional de los Aberdadares, adonde lleva una senda embarrada, un poco más lejos la población de Nyeri, donde está enterrado Lord Baden Powell,

Nairobi es la gran capital del este, donde viven los más ricos, donde están los mejores hoteles y las tiendas de lujo... No parece África

fundador del movimiento escultista. Hoy su tumba es un lugar de peregrinación para los scouts del mundo entero. Nairobi aparece por fin. La gran capital de África del Este, donde se hacen los negocios, donde viven los más ricos, donde hay tiendas de lujo, buenos hoteles, centros comerciales, concesionarios de coches alemanes y firmas de consultoría. Enorme, contaminada, congestionada, horrible. El atasco es fenomenal. Algunos críos venden caramelos, periódicos, botellas de agua o tarjetas de teléfono. Sus peores amenazas son los mensajeros en moto china, las célebres piki piki, motocicleta en suahili. Van a toda velocidad esquivando coches y personas. Le enseño a Alicia el incesante desfile de peatones que avanza hacia el centro. Es el río de la pobreza. De los barrios marginales y los guetos de chabolas surge cada mañana una famélica legión que se dirige hacia sus mal pagados trabajos en el interior de la ciudadela dorada.

En el barrio residencial de Lavington está Jungle Junction, mundialmente famoso alojamiento para overlanders. Aquí compré hace apenas tres años la *princesa alemana*, la BMW R80 G/S con la que realizaría el viaje de 14.000 km africanos que relataría en mi libro *Un millón de piedras*. De aquí saldría hacia Ciudad del Cabo con muchos temores y ningún conocimiento sobre lo que iba a encontrar en esta gran tierra salvaje llamada África. Aquí es donde hoy completo el horizonte africano de norte a sur y de este a oeste. Han pasado tres años pero me siento en casa. Aparco la moto, abro la nevera, suelto el tapón de una Tusker bien fría y le doy un largo, largo trago. Y como el Napalm al coronel surfista interpretado por Robert Duvall en *Apocalypse Now*, esta cerveza me sabe a victoria. Y quizá también a algo más, a un sentimiento más complejo y profundo que ni siquiera el escritor de viajes es capaz de describir con palabras. No importa. Ahora me basta con saber que he llegado. ●